



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE OCTAVO TOMO.

ESPAÑOLES.

MARÍA FELICIA (*pseudónimo*).—FERNAN CABALLERO.—DOÑA R. ARMIÑO.—D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—D. VENTURA DE LA VEGA.—D. ANTONIO DE TRUEBA.—D. VICENTE BARRANTES.—D. ANTONIO ARNAO.—D. PEDRO DOMINGO MONTES.—D. PEDRO DE MADRAZO.—D. TEODORO GUERRERO.—D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.—D. JOSÉ CABIEDES.—DON FLORENCIO JANÉR.—D. FERNANDO FULGOSIO.—D. RICARDÓ SEPÚLVEDA.—D. MANUEL OSSO-

RIO Y BERNARD.—D. M. J. PASCUAL.—AIRAM (*pseudónimo*).—PEREZ DE LIÉBANA (*pseudónimo*).—D. EDUARDO THUILLIER.—D. MANUEL CABALLERO DE RODAS.—D. RAFAEL SANTISTÉBAN.—D. FERNANDO CORRADI.—D. JOSÉ JOAQUIN DE CAFRANGA.—D. RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.—D. SANTIAGO PUIG PEREZ.—D. B. DE ACEVEDO Y HUELVES.—D. RAMON S. CAMPOAMOR.—D. ENRIQUE M. REPULLÉS.—D. CÁRLOS FRONTAURA.

EXTRANJEROS.

ERNESTO LEGOUVÉ.—EDUARDO DANGIN.—FENELON.—PERRAULT.—MARKO WOVZOK.

DIBUJANTES.

SRES. PADRÓ (D. TOMAS Y D. RAMON).—ESPÍNOLA.—MARTINEZ HEBERT.—SANCHEZ.—NAO.

GRABADORES.

SRES. BÚRGOS.—RICO.—CAPUZ.—TORO.—MASI.—TRAVER.—SADURNÍ.—PEREZ.—VELA.



Precio de la suscripcion..	Madrid.	3	pesetas trimestre, 5,50 semestre, 10	año.
— ..	Provincias.	3,75	— 7 —	12,50 —
Precio del número suelto..	Madrid.	0,50	— Provincias.	0,50
Precio del tomo encuadernado.	—	6	— —	7,50

América, 5 ps. fs. 50 centavos año.—Extranjero, 20 fs. año.

MADRID, 1873.—Imprenta, estercotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra).

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA DE 1873,

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CARLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION

DE LOS MAS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO VIII.

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE JULIO HASTA FIN DE DICIEMBRE DE 1873.)

AÑO IV DE LA PUBLICACION.

MADRID,

ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS Y DE LA PRIMERA EDAD,
PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 2.

MDCCCLXXIII.



DESCRIPCION GEOGRÁFICA DE ESPAÑA.

LECCION V.

HIDROGRAFÍA. — La hidrografía, propiamente hablando, es la parte de la ciencia geográfica que trata de las aguas en general; es decir, incluyendo las del mar. En este lugar, sin embargo, se trata solamente de las aguas que se encuentran en el interior de las tierras, ya corrientes, ya estancadas, rios y lagos.

Rios.—La disposicion de las montañas de España, que ya conocemos, determina el curso de los rios, que naciendo en ellas por lo comun, son primero arroyos, torrentes á veces, y luégo, encauzados, corren por valles ó llanuras más ó ménos rápidamente, segun los accidentes y desniveles del terreno, reciben otros afluentes y mueren en la mar.

No hay que olvidar que el país

que recorre un rio se llama *cuenca*.

Cuatro son las regiones hidrográficas de la península hispana, y se llaman, segun su posicion respectiva, *cantábrica* ó setentrional, *lusitánica* ú occidental, *bética* ó meridional, é *ibérica* ú oriental.

Los rios principales de España son ocho, y se llaman Ebro, Duero, Miño, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Segura, *Jucar*.

El Ebro, antiguo *Iberus*, nace de una fuente llamada Fontible ó Fuentibero, en las montañas de Santander, junto á Reinosá. Corre de Occidente á Oriente, bañando las provincias de Logroño, Navarra, Zaragoza y Tarragona; recibe como principales afluentes el Aragon, el Arga, el Gállego, el Segre y Cinca, el Jalon,

el Jiloca y el Huerva, y despues de recorrer unos 725 kilómetros, desemboca en el Mediterráneo por los Alfaques, provincia de Tarragona.

El Duero, *Durius*, tiene su origen en el monte Urbion, provincia de Soria, recibe en su curso de 776 kilómetros, el Pisuerga, el Esla, el Orbigo, Adaja, Eresma, Tormes, Huebra, Agueda y otros, y despues de fecundizar algunas provincias de Castilla la Vieja y Leon, por el pueblo de la Fregeneda en la de Salamanca, penetra en Portugal, donde cerca de Oporto se arroja en el Atlántico.

El Miño, *Minius*, aparece en Fuente Miña, provincia de Lugo, bañándola, y las de Orense y Pontevedra, recibiendo el Sil como principal afluente. Por Tuy entra en Portugal, donde muere en el Océano, cerca de La Guardia, recorriendo 233 kilómetros.

El Tajo, *Tagus*, sale de la sierra de Albarracin, tiene un curso de 825 kilómetros á traves de Castilla la Nueva y Extremadura, durante el cual aumenta su caudal con las aguas del Tajuña, aumentado con el Jarama y el Henares, el Alberche, Alagon, Guadiela y otros, recorre el Portugal en toda su anchura, y al desaguar en el Atlántico forma la rada de Lisboa.

El Guadiana, *Anas*, brota de las lagunas de Ruidera, provincia de Ciudad-Real. A pocas leguas de su marcha presenta el fenómeno de desaparecer, corriendo siete subterráneamente, hasta que en el sitio llama-

mado Ojos de Guadiana, cerca del pueblo de Villalta, reaparece, baña la Extremadura y Portugal hasta perder sus aguas en el Océano entre Ayamonte en España, y Tavira en aquella nacion. Su curso es de 725 kilómetros, y sus principales afluentes el Zújar, Záncara, Gígüela y Gé-bora.

El Guadalquivir, *Bétis*, tiene su nacimiento en una profunda caverna de la vertiente occidental de la sierra de Segura; enriquece sus raudales con varios tributarios, de los cuales son considerables el Guadalmena-Guadalimar y Genil: atraviesa 505 kilómetros del país andaluz por las provincias de Jaen, Córdoba y Sevilla, y rinde sus aguas al Océano por Sanlúcar de Barrameda.

El Segura toma origen en la vertiente oriental de la sierra de su nombre, límite de las provincias de Jaen y Albacete, baja á fecundar el antiguo reino de Murcia y parte de la provincia de Alicante, por cuyo puertecito de Guardamar lo absorbe el Mediterráneo, despues de recorrer 225 kilómetros y de recibir, como principal afluente, el Mundo, de pintoresco nacimiento en la sierra de Alcaráz.

El Júcar salta en la base del monte de San Felipe, provincia de Cuenca; atraviesa 370 kilómetros en la misma provincia, en la de Albacete y en la de Valencia, recibiendo el Cabriel como principal tributario, y desagua en el Mediterráneo, junto á Cullera, en la última provincia.

Varios de estos rios tienen caudal

suficiente de aguas para ser navegables, en especial el Ebro, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir; pero el que verdaderamente es navegable en España es el Guadalquivir, desde Sevilla hasta su entrada en el mar.

Lo accidentado del país dificulta bastante la canalización; pero todo puede hacerse con medios y buena voluntad.

Después de los ocho ríos mencionados, hay otros de importancia relativa; entre ellos descuellan al Oriente el Muga, Fluviá, Ter, Llobregat, Francolí, Cénix, Mijares y Guadalquivir, que bañan la Cataluña y el reino de Valencia; al Sur, el Adra, Guadalete y Tinto, en Andalucía; al Occidente, el Ulla y el Tambre, en Galicia; y al Norte, el Nalon, Sella, Nervion, Orio y Bidasoa. Estos ríos son parte de los 51 que, sin contar los ocho principales, llevan sus raudales directamente á la mar.

Por último, el número de corrientes de agua que en España pueden

merecer el nombre de ríos, más ó menos caudalosos, es el de 250; pero existen en el país otras con el nombre de *arroyos*, de curso más ó menos largo, que, ó fertilizan las tierras, ó van á engrosar los caudales de los ríos, ó se pierden entre breñas y barrancos.

Hay también cursos de aguas estacionales que aparecen en invierno y desaparecen en verano, y torrentes más ó menos caudalosos que producen las fuertes lluvias y los deshielos. Los cauces ó lechos de estas corrientes de agua estacionales se llaman *torrenteras* si están en terreno quebrado, y *ramblas* ó *rieras* en terreno llano.

Hay en toda la extensión del territorio español multitud de fuentes de aguas medicinales, ya frías, ya calientes ó termales, dependiendo su temperatura y sus propiedades de la composición de los terrenos respectivos.

Pero este punto y otros serán objeto de las próximas lecciones.

M. M. CABALLERO DE RODAS.

LA VIDA ACUÁTICA.

I.

EL ACUARIO DE SALON.

—Papá, ¿puede haber vida más tonta que la de los peces?

—Tal vez no lo es tanto como tú supones, hijo mío.

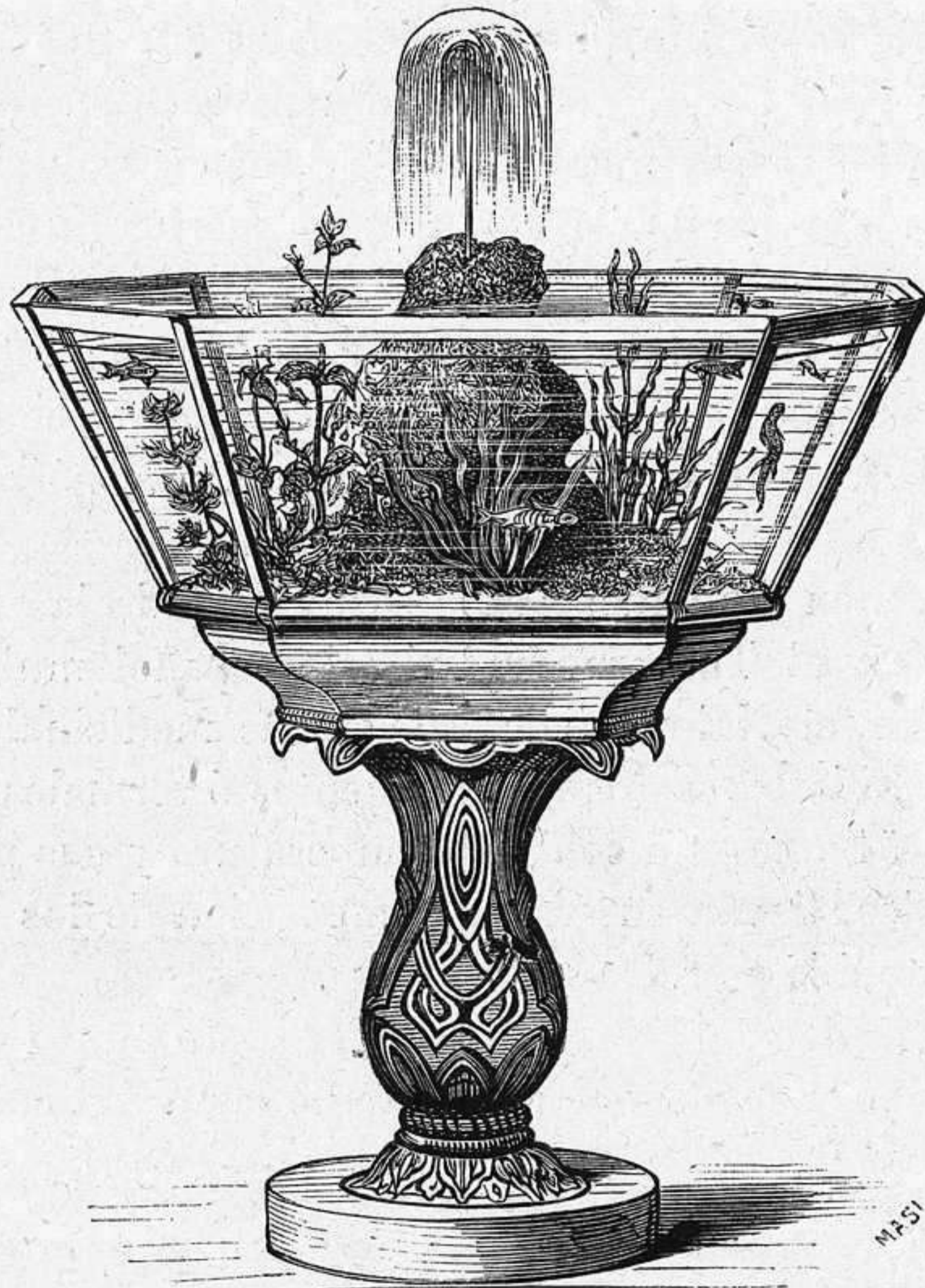
—Pues qué, ¿hacen alguna otra cosa que lo que se ve en la pecera que tiene mamá en la sala? ¡Dar

vueltas y más vueltas, abrir y cerrar la boca, quedarse de pronto como muertos, y de pronto también dar una carrera por todo el rededor de su pequeño estanque!

—Ya lo creo que hacen cosas muy distintas. Entre ellos hay guerras y paz, amores y odios, aficiona-

dos á la luz y amigos de la oscuridad, valientes y cobardes, verdugos y víctimas, unos se alimentan de animales y otros de plantas; hay, en fin, las mismas variedades de gustos y costumbres que en los habitantes de la tierra.

—Sería muy curioso poder obser-



Acuario de salgr.

var todo eso, replicó Carlitos, que era un niño muy guapo y muy aplicado; tan aplicado, que tenía once años y ya había estudiado con gran aprovechamiento la mitad de las asignaturas que se necesita saber para graduarse de bachiller en artes.

Su padre, que estimaba en todo lo que valían sus buenas cualidades,

cuidaba de premiarlas dándole todos los gustos que contribuyeran á su instrucción al mismo tiempo que á su recreo.

—Pues yo haré que tengas esa diversión, le dijo.

—¡Qué bueno eres, papá mio! respondió Carlitos lleno de alegría. ¡Cuántas cosas tengo que agradecerte!

—Mañana irémos á la calle del Arenal, y en casa de Torron comprarémos una bonita pecera.

—¡Ay sí, de esas cuadradas que tienen dentro piedrecitas y conchas y caracoles.

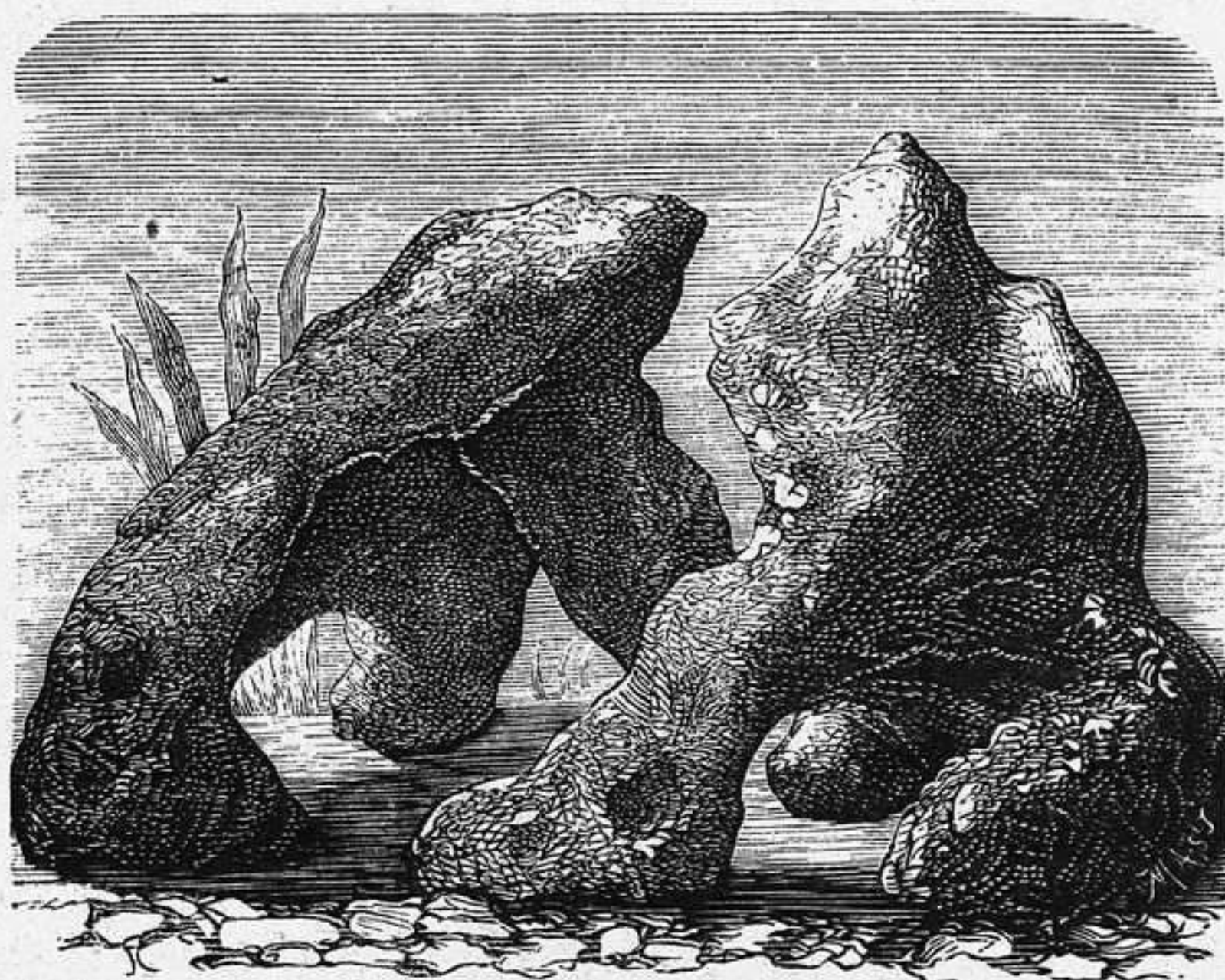
—Justamente, y de ese modo podrémos cultivar algunas plantas que aumenten nuestro entretenimiento.

—¿Con que tambien vamos á tener flores?

—Naturalmente, como que sin

plantas no podrias tener otra cosa que los peces que tan sosos te parecen. Figúrate, pues, cuánto podrémos gozar observando las costumbres de una poblacion variada, cuando con los insulsos habitantes que ahora miras tenemos bastante para entretenernos un rato diariamente.

—Pues, papá, cuando quieras irémos á buscar la pecera, dijo Carlitos, que aunque ya estaba deshecho por tener sus peces, sabía contener su



Rocas del acuario de salon.

impaciencia, porque su papá le tenía enseñado que la impaciencia es un defecto muy grande en los hombres, y mayor aún en los niños.

En el resto del dia ya no se habló más del asunto; pero nuestros jóvenes lectores comprenderán el afán que tendria Carlitos por que pasase la noche, en la cual soñaria probablemente más de una vez con estanques, peces y flores.

Al dia siguiente, despues del chocolate, nuestro amiguito y su papá

salieron á comprar la consabida pecera, y volvieron con un precioso acuario.

Era cuadrilongo; sus paredes las formaban cristales muy resistentes unidos en sus esquinas por listones de hojadelata, á los que estaban sólidamente sujetos por un betun hidráulico. El fondo era una plancha de hierro barnizada, para que el agua no la pudiese atacar y la destruyera.

Colocado el acuario en un elegante velador, y en sitio donde pudiese

darle el aire y la luz, pero adonde los rayos del sol no le hiriesen mucho tiempo directamente, porque eso podría perjudicar á algunas de las especies de plantas y de peces que se iban á criar, procedióse á preparar la habitacion de los futuros huéspedes de la manera más semejante á la que la naturaleza suele ofrecerles, y por tanto la que les es más propia y conveniente.

Tomóse, pues, arena de rio, y despues de lavada muchas veces se cubrió con ella el fondo del acuario, despues se trató de introducir un pintoresco peñasco; que lleno de cavidades y teniendo su cúspide fuera del agua, pudiese prestar abrigo á unas especies de peces, sirviese de lugar de descanso á otras que gustan de aspirar de tiempo en tiempo el aire libre, y presentase intersticios donde arraigasen algunas de las plantas que se iban á sembrar.

No teniendo á mano ningun peñasco de granito, de grés ó de micascuisto, que por otra parte presentaría el inconveniente de su mucho peso para el objeto, con pedazos de coke y de piedra pomez, unidos por cemento portland, hizo el papá una preciosa roca que no tenia nada que envidiar á otra natural, como puede verse por el adjunto dibujo.

Establecido ya el mobiliario de la casa, se la proveyó del elemento que habian de respirar sus moradores, y hecho todo esto creia Carlitos que ya no faltaba más que echar los pe-

ces, y se extrañaba de que á su papá no se le hubiese ocurrido comprarlos.

— Ahora, dijo aquel padre cariñoso, tenemos que cultivar las plantas que han de proveer al agua del oxígeno que la respiracion de los peces le quita y sin el cual éstos perecerian muy pronto ó sería necesario mudarles diariamente el agua, operación por cierto bien molesta y peligrosa para las paredes de la casa.

Entónces comprendió Carlitos que habria obrado muy de ligero si se le hubiera ocurrido culpar á su padre de imprevisión, y como sabía que el agua se compone de oxígeno é hidrógeno y que las plantas absorben ácido carbónico y desprenden oxígeno, al paso que los animales aspiran éste y despiden aquél, conservando así el admirable equilibrio de la naturaleza, conformóse con la resolucion de su padre que le proporcionaba tener flores y peces que de otro modo no hubiera podido conseguir, porque si hubiese querido poner ántes los peces, no sólo habrian carecido éstos algun tiempo de alimento, sino que aquéllas no habrian llegado á desarrollarse, porque los peces se las habrian ido comiendo segun hubieran ido naciendo.

Dejóse, pues, para otro dia el proveerse de plantas, y yo tambien dejo para el número siguiente referir las que eligieron.

R. DE SANTISTÉBAN Y MAHY.



EL PEQUEÑO PULGAR,

CUENTO DE PERRAULT (CON GRABADOS DE RICO).

Éranse una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones; el mayor no contaba más que diez años, y el menor sólo siete.

Esta familia era sumamente pobre y los siete hijos les estorbaban bastante, pues ninguno de ellos podía aún ganarse la vida. Apesadumbrábaseles además ver que el más pequeño era sumamente delicado y no decía una palabra: calificando de tontería lo que no era más que una prueba del buen talento del niño.

Éste era excesivamente pequeño, y cuando nació no era mayor que el dedo pulgar, lo que hizo que le dieran este nombre. Este pobre niño era el rigor de las desdichas de la casa, y siempre recibía la peor parte. Sin embargo, era el más despejado y listo de toda la familia, y si hablaba poco, oía empero mucho.

Llegó un año muy malo, y el hambre era tal, que estas pobres gentes resolvieron deshacerse de sus hijos.

Una noche en que éstos se hallaban acostados y el leñador departía con su mujer al lado del fuego, la dijo, con el corazón oprimido de dolor:

—Ya ves que no podemos alimentar por más tiempo á nuestros hijos: yo no puedo resolverme á verlos perecer de hambre ante mis ojos, y estoy resuelto á hacerlos perder mañana en el bosque; lo cual será fácil de

llevar á cabo, pues mientras tanto que ellos se divierten recogiendo las ramas secas, nosotros podemos escabullirnos sin que reparen en ello.

—¡ Ah! exclamó la leñadora, ¿podrías tú decidirte á perder á tus hijos?

Su marido hacía los mayores esfuerzos para hacerla comprender el estado precario en que se encontraban, pero ella no se resolvía á consentir: era pobre, pero también era madre. Sin embargo, habiendo considerado qué dolor no sería para ella ver morir de hambre á sus hijos, consintió por fin, y fué á acostarse anegada en lágrimas.

El pequeño Pulgar escuchó toda la conversacion; pues habiendo oído desde su cama que trataban de negocios, habíase levantado con cuidado escondiéndose detras de la silla de su padre, á fin de enterarse sin ser visto.

Tornó despues á acostarse y no pudo cerrar los ojos durante el resto de la noche, pensando en lo que debería hacer. Se levantó muy temprano y se dirigió al borde de un arroyuelo donde llenó sus bolsillos de piedrecitas blancas, y en seguida se volvió á casa.

Púsose en camino toda la familia, y el pequeño Pulgar nada dijo de cuanto sabía á sus hermanos.

Llegaron á un bosque tan espeso,

donde á diez pasos de distancia no veia el uno al otro. El leñador se puso á cortar leña, y los niños á recoger sarmientos para hacer hacecillos. El padre y la madre, viéndoles ocupados en esta faena, se alejaron

de ellos poco á poco, y al llegar á un sendero oculto echaron á correr.

Cuando los niños se dieron cuenta de su abandono comenzaron á gritar y llorar con todas sus fuerzas. El pequeño Pulgar los dejó gritar, sa-



Los pobres chicos estaban muy afligidos (pág. 10).

biendo perfectamente cómo volver á casa, pues andando habia ido dejando caer las piedrecitas blancas todo lo largo del camino.

Díjoles por lo tanto:

—No tengais ningun temor, hermanos: papá y mamá nos han deja-

do aquí, pero yo os llevaré de nuevo á casa: seguidme nada más.

Siguiéronle, en efecto, y los llevó á casa por el mismo camino por donde se habian dirigido al bosque. En el primer momento no osaron entrar, pero todos ellos se arrimaron á la

puerta á fin de escuchar lo que su padre y madre decían.

En el momento en que el leñador y su mujer llegaron á su casa, el señor del lugar les envió diez escudos que debía á estas buenas gentes hacia mucho tiempo, y los cuales no contaban volver á ver.

Este recurso les dió la vida, pues se estaban muriendo de hambre.

El leñador envió á su mujer al instante á comprar carne. Como hacia mucho tiempo que no habian probado bocado, la mujer compró tres veces más carne de la necesaria para dos personas.



Despues cogió un gran cuchillo..... (pág. 12).

Despues que se encontraron satisfechos, dijo la leñadora:

—¡Ay! ¿Dónde se encontrarán ahora nuestros pobres hijos? Con lo que nos ha sobrado podrian comer ellos perfectamente. Tú, Guillermo, tienes la culpa de todo; ¿por qué te has empeñado en extraviarlos? Ya te

habia dicho que nos arrepentiriamos. ¿Qué es lo que hacen ahora en ese bosque? ¡Oh Dios mio! Quizás los lobos se los hayan comido: ¡qué inhumano eres en haber perdido á tus hijos de ese modo!

Al fin el leñador se impacientó, pues ella repitió más de veinte veces

que él se arrepentiría y que bien se lo había asegurado. El leñador la amenazó con pegarla si no se callaba.

Esto no quiere decir que el leñador no estuviera tal vez más apesadumbrado que su mujer; pero consistía en que ella le estaba haciendo perder la paciencia, repitiendo la misma canción.

La leñadora estaba anegada en lágrimas.

—¡Ay de mí! ¡Dónde se encuentran mis hijos, mis pobres hijos!

Una vez dijo esta frase en voz tan alta, que los niños, que se hallaban á la puerta no pudieron menos de oírla, y empezaron á gritar:

—¡Aquí estamos, aquí estamos!

La buena mujer se dió gran prisa á abrir la puerta, y dijo abrazándoles:

—¡Cuánto me alegro de volveros á ver, mis queridos hijos! ¡Estais cansados, no es verdad? Y teneis mucha hambre; y tú, Perico, ¡qué lleno estás de barro! Ven aquí, que te limpie un poco.

Perico era el mayor de los niños y el preferido de la madre, porque tenía el pelo rojizo y ella era también un poco rubia.

Sentáronse á la mesa y comieron con gran apetito, lo cual dió gran placer al padre y á la madre, á los cuales contaban, hablando todos á la vez, el miedo tremendo que habían pasado en el bosque.

Estas buenas gentes estaban encantadas con volver á encontrar á sus hijos, y la alegría duró tanto como los diez escudos; pero así que se hubo

gastado el último cuarto, tornaron á la misma pena de ántes, resolvieron volver á perder los niños, y á fin de salir bien de la empresa decidieron llevarlos mucho más lejos que la primera vez. No hablaron de esto tan secretamente que no fueran oídos del pequeño Pulgar, que se propuso salir del apuro recurriendo á su estrategia de las piedrecitas; pero si bien se levantó muy temprano con este propósito, no pudo ir al arroyuelo, por encontrar la puerta de la casa herméticamente cerrada.

No sabía, pues, qué partido tomar, pero cuando su madre dió á cada uno un pedazo de pan para almorzar, pensó que podría servirse de este medio en vez de piedrecillas, arrojándole en migajas á lo largo del camino por donde pasasen. Con este objeto guardó su pan en el bolsillo.

El padre y la madre llevaron á los niños al lugar del bosque más espeso y sombrío, y así que se encontraron en él, tomaron por una senda conocida y los abandonaron.

El pequeño Pulgar no se apesadumbró gran cosa, pues creía encontrar fácilmente el camino por medio del pan que había sembrado por donde había pasado; pero no fué pequeña su sorpresa al ver que no pudo encontrar una migaja siquiera; los pájaros se las habían comido todas.

Los pobres chicos estaban muy afligidos, pues cuanto más caminaban, más se perdían en el bosque. En esto llegó la noche, y empezó á soplar un fuerte viento que les causaba un miedo atroz. Se les figuraba

que por todas partes sonaban los aullidos de los lobos que se acercaban á ellos para devorarlos. No se atrevían á hablar ni á volver la cabeza siquiera.

En medio de estas desventuras empezó á caer una copiosa lluvia que los caló hasta los huesos. Resbalaban á cada paso que daban, caían sobre el barro, del cual se levantaban completamente embadurnados y no sabían qué hacer de las manos.

El pequeño Pulgar se encaramó á lo alto de un árbol para ver si descubría algo: volviendo la cabeza á una y otra parte, distinguió una pequeña luz, pero á larga distancia y más allá de los límites de la selva. Bajó del árbol, y al encontrarse en tierra no vió nada: esto le desesperó.

Sin embargo, habiendo caminado con sus hermanos por algun tiempo hácia donde habia visto la luz, dió al fin con ella al salir del bosque. Llegaron, por último, á la casa donde brillaba la pequeña luz, no sin grandes terrores y no pequeños sustos, pues algunas veces la perdían de vista.

Llamaron á la puerta, y una buena mujer vino á abrirles. Les preguntó qué querían.

Pulgar dijo que eran unos pobres niños que se habian perdido en el bosque, y que demandaban por caridad un asilo donde pasar la noche.

La mujer, al ver aquellos niños tan bonitos, se echó á llorar y les dijo:

— ¡ Ah, pobres niños! ¡ Á qué lu-

gar habeis venido á parar! ¿ No sabeis que ésta es la casa de un ogro que se come á los niños pequeños?

— ¡ Ay, señora! respondió Pulgar, que temblaba con todo su cuerpo lo mismo que sus hermanos. ¿ Qué vamos á hacer? No cabe la menor duda que los lobos de la selva no dejarán de comernos esta noche si no quereis recogernos en vuestra casa; y en este caso, lo mismo nos da que sea el señor ogro el que nos coma: tal vez tenga piedad de nosotros si le suplicais un poco.

La mujer del ogro, que se imaginó que podría ocultarlos á las miradas de su marido hasta el amanecer, los hizo entrar y calentarse al rededor de un buen fuego, pues habia un carnero entero en el asador para la cena del ogro.

Cuando empezaban á calentarse oyeron tres ó cuatro golpes dados con violencia á la puerta. Era el ogro. En el mismo instante la mujer les obligó á esconderse debajo de la cama y fué á abrir la puerta.

Lo primero que preguntó el ogro fué si la cena estaba lista, y si habia sacado vino de la bodega, y acto continuo se sentó á la mesa. El carnero estaba aún chorreando sangre, pero con este detalle pareció más apetitoso al ogro. Éste no hacia más que olfatear como un sabueso á derecha é izquierda, diciendo que olía la carne fresca.

— Será esa ternera que acabo de preparar, dijo la mujer.

— Te repito que huelo la carne fresca, replicó el ogro, mirando á su

mujer de medio lado, y aquí hay gato encerrado.

Diciendo estas palabras, se levantó y se dirigió á la cama.

— ¡ Ah, con que tratas de engañarme de este modo, maldita mujer! ¡ No sé cómo no te como á tí también! Es

verdad que eres muy vieja y serás más dura que el demonio.

Y diciendo esto, sacó á los niños de debajo de la cama uno á uno.

Estos infelices se pusieron de rodillas y comenzaron á pedir perdon; pero los pobres tenían que haberse-



..... le quitó con cuidado las botas..... (pág. 15).

las con el más cruel de todos los ogros.

Después cogió un gran cuchillo, y al acercarse á los pobres niños lo afilaba sobre una larga piedra que asía con la mano izquierda.

Había ya agarrado á uno por el cuello, cuando su mujer le dijo:

— ¿ Qué vais á hacer á estas horas? ¿ Acaso os faltará tiempo mañana?

— ¡ Cállate! replicó el ogro; eso no

sería más que aumentar su suplicio.

— ¡ Pero si teneis aún tanta carne! repuso la mujer.

— Tienes razón, dijo el ogro: dales bien de cenar, á fin de que no se pongan flacos, y después acuéstalos.

La buena mujer no cabía en sí de alegría, y dió, en efecto, una buena cena á los niños, pero ellos no pudieron cenar; tal era el miedo de que estaban poseidos.

El ogro tenía siete hijas, las cuales eran unas niñas todavía: estas pequeñas ogresas tenían todas ellas un cutis muy hermoso, porque se alimentaban de carne fresca como su padre; pero además poseían unos ojitos grises y redondos, la nariz retorcida, y una gran boca con largos y afilados dientes, muy separados los unos de los otros: no eran aún muy

malas, pero prometían, pues mordían ya á los niños pequeños, á fin de chuparles la sangre.

La madre habíalas hecho acostar temprano, y las siete hermanitas se encontraban en una cama muy grande, cada una de ellas con una corona de oro en la cabeza.

En la misma habitación se encontraba otro lecho del mismo tamaño:



y se las puso inmediatamente..... (pág. 15).

en éste se recogieron, por mandato de la mujer del ogro, nuestros siete niños.

Pulgar, que había observado que las hijas del ogro tenían coronas de oro en la cabeza, y que temía que el ogro tuviera remordimientos por no haberlos degollado ántes, levantóse con cuidado á eso de la media noche, y cogiendo las caperuzas de sus hermanos y la suya, las fué á colocar sobre los cabezas de las siete niñas, después de haberlas quitado con grandes precauciones sus coronas de oro, que colocó sobre la cabeza de sus hermanos y la suya, á fin de que el

ogro los tomara por sus hijas, y á éstas por los pobres muchachos que quería degollar.

La cosa tuvo el resultado que Pulgar había pensado, pues el ogro, despertándose á eso de las doce, se arrepintió de haber diferido á la mañana siguiente lo que podía ejecutar la víspera.

Saltó, pues, bruscamente de la cama, y cogiendo su gran cuchillo, — Vamos á ver, dijo, cómo están nuestros picaruelos; cuanto más pronto despachemos este asunto será mejor.

Subió á tuestas, por lo tanto, al cuarto de sus hijas y acercóse al lecho en que se encontraban los muchachos, los cuales dormían profundamente, á excepcion del pequeño Pulgar, que pasó un miedo tremendo al sentir la mano del ogro sobre su cabeza, como habia hecho con sus otros hermanos.

El ogro, al tocar las coronas de oro, dijo:

— ¡Verdaderamente que me iba á lucir! Ahora comprendo que he bebido demasiado ayer noche á la hora de cenar.

En seguida se dirigió al lecho de sus hijas, y habiendo tocado las caperuzas de los muchachos,

— ¡Ah, aquí los tengo! dijo: démonos prisa á despacharlos.

Y diciendo estas palabras, cortó sin vacilar la cabeza á sus siete hijas.

Muy satisfecho de su expedicion, tornó á acostarse tranquilamente.

Tan pronto como Pulgar oyó roncar al ogro, despertó á sus hermanos, y les dijo que se dieran prisa á vestirse y que le siguieran. Descendieron de puntillas al jardin y saltaron por las murallas. Corrieron casi toda la noche, temblando siempre de miedo y sin saber adónde se dirigian.

Al despertar el ogro, dijo á su mujer:

— Anda arriba, y arregla á esos picaruelos de ayer noche.

La ogresa, altamente sorprendida de la bondad de su marido, y sin sospechar lo más mínimo acerca de la interpretacion que aquél daba á la

palabra arreglar, creyendo que se trataba simplemente de vestir á los niños, subió á la alcoba, en la cual encontró sus siete hijas degolladas y anegadas en sangre. La pobre mujer comenzó por desmayarse, afectada por aquella tremenda desgracia.

Era madre y no podia ser enteramente insensible.

El ogro, temiendo que su mujer no empleára demasiado tiempo en el trabajo que acababa de encomendarla, subió á su vez para ayudarla, y no fué menor su asombro al contemplar este horrible espectáculo.

— ¡Ah! ¿qué es lo que he hecho? exclamó. ¡Juro que me la han de pagar esos bribones, y ahora mismo!

Inmediatamente echó un jarro de agua á la nariz de su mujer, y volviendo ésta en sí,

— Al momento, dijo el ogro, dame mis botas de siete leguas á fin de que pueda atraparlos.

Púsose inmediatamente en camino, y despues de haber caminado en todas direcciones, penetró por fin en el camino por el cual marchaban los desgraciados niños, que se hallaban ya como á unos cien pasos de la habitacion de su padre.

Vieron al ogro que iba de montaña en montaña y que cruzaba los rios tan fácilmente como si se tratára del menor arroyuelo.

El pequeño Pulgar, que vió una roca hueca cerca del sitio en donde se hallaban, hizo ocultar á sus seis hermanos en ella, haciéndolo él á su vez, pero sin perder de vista al ogro.

Éste, que estaba ya sumamente cansado del gran camino que habia recorrido inútilmente (pues las botas de siete leguas fatigan mucho al que las usa), quiso descansar un rato; y por casualidad fué á sentarse sobre la roca en cuyo hueco estaban ocultos los niños, y allí quedó dormido.

El pequeño Pulgar dijo á sus hermanos que se escapáran al momento y se dirigieran á la casa paterna, y que no tuvieran cuidado por él, y acercándose entónces al ogro, le quitó con cuidado las botas y se las puso inmediatamente en sus piés.

Las botas eran grandes y muy anchas; pero tenian el dón de alargarse y achicarse segun el tamaño de la pierna del que se las ponía; de manera que Pulgar se encontró en ellas como si hubieran sido hechas á su medida.

Dirigióse sin vacilar á la casa del ogro, donde encontró á la mujer, que lloraba á lágrima viva al lado de los cadáveres de sus hijas.

—Vuestro marido, dijo el pequeño Pulgar, corre un gran peligro: ha sido hecho prisionero por una partida de bandoleros que han jurado matarle si no les da todo el oro y toda la plata que posea. En el momento en que le amenazaban con el puñal, viéndome, me suplicó viniera á advertiros del estado en que se encuentra, y á deciros que me entregueis cuanto dinero poseais, sin retenir absolutamente nada, si no queréis que le asesinen sin misericordia.

La buena mujer, sumamente asus-

tada, dió al muchacho todo cuanto habia en la casa, pues el ogro no dejaba de ser un buen marido á pesar de comerse los niños crudos.

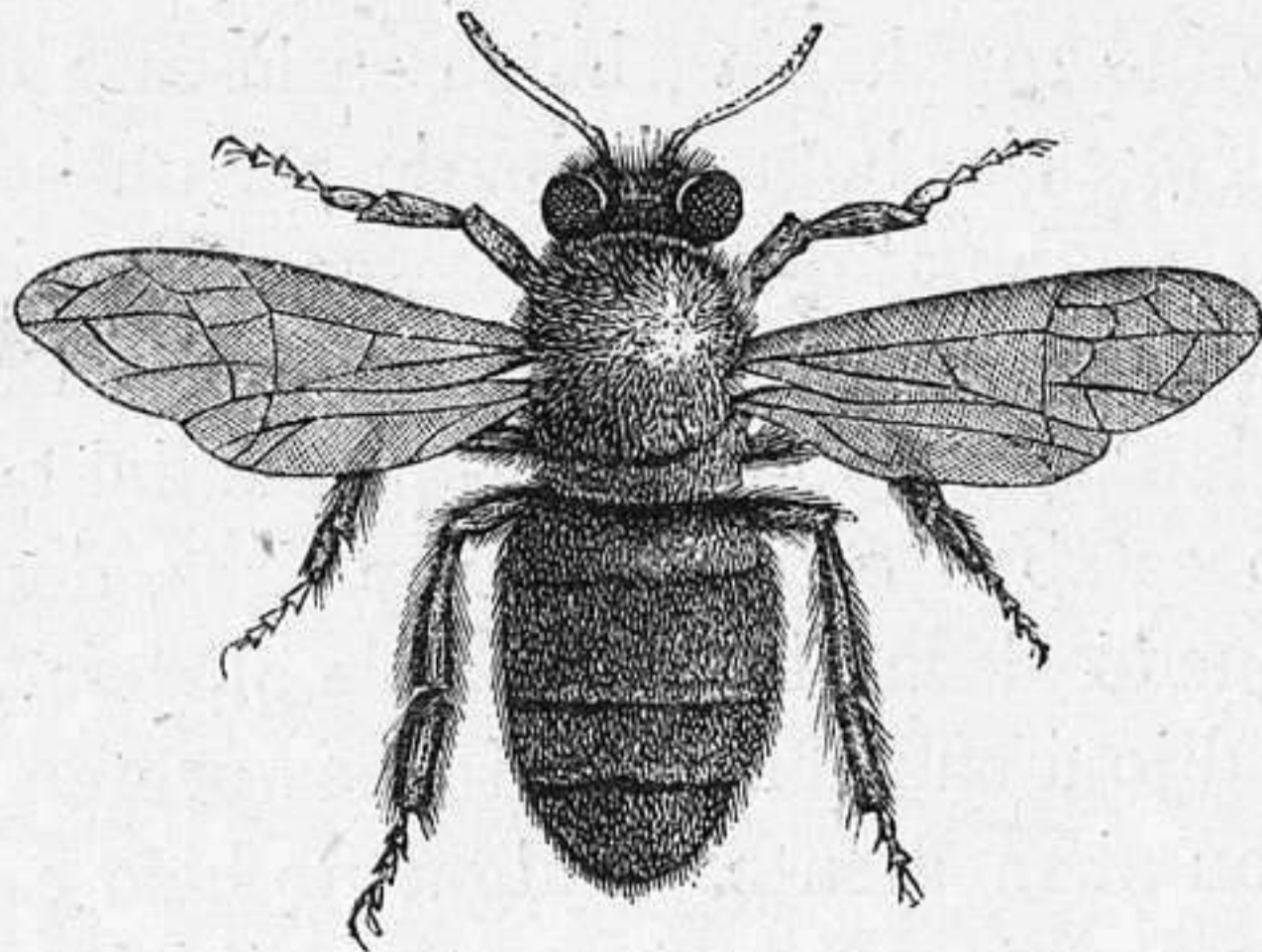
El pequeño Pulgar, cargado con las riquezas del ogro, tornó á la casa de sus padres, donde fué recibido con indecible alegría.

Muchos pretenden que el pequeño Pulgar no hizo este robo al ogro, y que tan sólo le quitó las botas de siete leguas, porque se ocupaba en perseguir con ellas á los pobres niños.

Estas gentes aseguran que conocen esto de buena tinta y hasta á causa de haber comido y bebido en casa del leñador. Aseguran tambien que cuando Pulgar se calzó las botas del ogro se dirigió á la córte, donde habia gran ansiedad á causa del incierto resultado de una batalla que acababa de librarse.

Fué, pues, á encontrar al Rey y le dijo que, si lo deseaba, traeria las noticias del ejército ántes de anocheecer, y en efecto á la hora señalada el pequeño Pulgar trajo las noticias deseadas; y habiéndose dado á conocer con esta primera correría, comenzó á ganar cuanto queria, pues el Rey le pagaba de una manera verdaderamente real, por encargarse de llevar sus órdenes al ejército.

Los padres del pequeño Pulgar vivieron desde entónces con holgura; colocó á todos sus hermanos en buenos destinos, y por lo que á él hace, continuó siendo un perfecto cortesano y valeroso caballero.



LA ABEJA Y LA MOSCA.

(PENSAMIENTO DE FENELON.)

Cuéntase que una tarde
Encontróse una abeja
Con que una mosca habia
Dentro de la colmena.
— ¿ Qué haces aquí? le dijo,
¿ Cómo te atreves, necia,
Á profanar la casa
De las que somos reinas
De todos los insectos
Que existen en la tierra?
¡ Fuera de aquí! ó la vida
Te arrancaré.

— Soberbia,
Dijo la mosca, vienes,
Y no te recomienda
Esa altivez indigna
Con que así me desprecias.
— ¿ Y qué más que desprecio
Has de inspirarme? ¡ Ea!
No más nuestro palacio
Profane tu presencia.
Amigas de las flores
Nos llaman en la Grecia,
El hombre con esmero
Nos cuida y nos festeja,
Que somos de la tribu
Digna de fama eterna
Que el nombre de melífera
Con alto orgullo ostenta.
Las flores más preciadas
Nuestro cariño anhelan,
Y nuestro fruto es rico

Incomparable néctar.
Tú, mosca miserable,
Que sin objeto vuelas,
Y de lo más inmundo
Que encuentras te alimentas,
Que fruto nunca has dado
Y no hallas quien te quiera,
Á todo el mundo cansas
Y enojas y molestas,
Y tu existencia inútil
Á nadie le interesa.

— Tienes razon en eso,
Le contestó discreta
La pobre mosca triste;
Es grande mi pobreza,
Y á vida miserable
La suerte me condena;
Pero esto no es un vicio
Como tu gran soberbia.
Muy dulce es vuestro fruto,
Y nadie te lo niega,
Mas nada iguala al daño
Que hace la sábia abeja,
Y condicion menguada
No la hay como la vuestra;
Con torpe alevosía
Al que á vosotras llega
Vuestro aguijon le hiere
Con singular fiereza.
Por tu soberbia insana
No cambio mi modestia.

FRONTAURA.

